

A LA VERA DEL CAMINO DE SANTIAGO: OBRAS DE RESTAURACIÓN DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO DE LA RÚA DE ESTELLA (2009-2012)

José Luis FRANCHEZ APECECHEA
jfrancha@navarra.es

Desde su creación en 1940 la Institución Príncipe de Viana se ha encargado de la restauración, custodia y mantenimiento del patrimonio arquitectónico del viejo Reino navarro, tal y como se recoge en el acta de su constitución, con partidas presupuestarias que desde aquel momento la Diputación Foral consignó de manera pionera en sus presupuestos anuales para atender tal fin. Sus primeras inquietudes restauratorias se centraron en los grandes conjuntos edilicios (catedrales de Pamplona y Tudela, monasterios de Iranzu, Irache, Leire y la Oliva y palacio real de Olite), así como en edificios señeros del Románico y del Gótico, la mayor parte vinculados al Camino de Santiago. Con ese mismo espíritu, si bien décadas después de su fundación, la Institución Príncipe de Viana abordó en el cuatrienio 2009-2012 la restauración integral de la iglesia de San Pedro de La Rúa, templo señero de Estella y de la ruta jacobea navarra.

LA CONSTRUCCIÓN DEL TEMPLO: UNA ARQUITECTURA SINGULAR.

El templo de San Pedro de la Rúa, iglesia matriz de Estella, está construido bajo la peña sobre la que se encaramaba uno de los castillos medievales de defensa de la ciudad, el de Zalatambor. Se levantó a partir del segundo tercio del siglo XII y desde 1256 tiene rango de Iglesia Mayor de Estella; allí juraron los fueros y privilegios de la ciudad doña Catalina y don Juan en 1496, el emperador Carlos I en 1523 y Felipe II en 1592.

En su origen, el templo se proyectó de una sola nave, pero hubo un cambio durante la ejecución de las obras y se modificó la idea inicial para edificar un templo de tres naves, por lo que se trasdosaron dos ábsides a ambos lados del ábside mayor ya construido. Esto, y lo abrupto del terreno en el que se asienta, explican algunas de las singularidades arquitectónicas del templo: el gran tamaño de la capilla mayor en relación con las capillas laterales que configuran la triple cabecera; el aspecto irregular —trapezoidal y achaflanado en su último tramo— de la nave lateral norte; o las diferentes anchuras de las dos naves laterales.

El ábside central de San Pedro de la Rúa posee además singularidades tipológicas, ya que presenta soluciones ajenas al románico navarro. Por ejemplo, los tres absidiolos del ábside principal, que denotan la influencia, si no la autoría, de maestros canteros de Cahors y Souillac, en el Midi francés, algo que se explicaría por el origen francés de muchos de los habitantes del burgo de San Martín, asentado en la orilla derecha del río Ega, en las postrimerías del siglo XII.

La construcción primigenia fue la de un templo con una nave central gótica muy alta y esbelta. En origen, se trataba de un templo muy luminoso ya que tenía ventanales en las cuatro fachadas de su nave central, tal como se comprobó durante las obras de restauración. Sin embargo, esa altura se había conseguido llevando la solución estructural de contrarrestos al límite, y los problemas debieron aflorar desde el primer momento. En 1557, con motivo de la muerte del entonces Mariscal del Reino, don Pedro II de Navarra, su hermano y arzobispo de Valencia, don Francisco de Navarra, a la vista del mal estado del templo encargó un peritaje que concluyó que lo más aconsejable era derribarlo, dado su deterioro acusado, y construir otro nuevo. Pero los parroquianos se negaron y dio comienzo un largo pleito que no se resolvió hasta 1650. Como es evidente, aquella propuesta de demolición y nueva construcción no prosperó. Previamente, en 1609, se había desmontado la bóveda gótica de la nave central, y durante más de cien años el templo permaneció sin bóveda, protegido únicamente con



El templo restaurado desde el claustro.

una cubierta de madera y teja que quedaba a la vista desde el interior. Fue en 1734 cuando se construyó la actual bóveda de ladrillo de la nave central, de medio cañón con lunetos.

LA ENVOLVENTE EXTERIOR: RESTAURACIÓN DE LAS CUBIERTAS Y LAS FACHADAS

Tanto las cubiertas de teja del templo como las estructuras que las soportaban estaban en mal estado, con problemas de filtraciones del agua de lluvia. En el transcurso de las obras, se descubrieron en la cabecera principal, bajo la teja, restos de la primitiva cubierta de sillar de piedra de sección trapezoidal. Este dato confirmó la propuesta del proyecto para reconstruir una cubierta de piedra caliza que recuperara la solución constructiva original, al igual que habíamos resuelto años atrás en la iglesia de Santa M^a Jus del Castillo.

En la nave central se desmontó la estructura de madera de cubierta, muy deteriorada y reparada en varias ocasiones, y se sustituyó por otra nueva de madera laminada. La estructura desmontada ocultaba los pilares y capiteles de las pilastras góticas de la nave original, que se conservaban por encima de la bóveda barroca de ladrillo de la nave central, así como pinturas, también góticas, que se han limpiado y consolidado, y que ahora son visibles y visitables.



Restos encontrados de la primitiva cubierta de sillar de piedra del ábside central.

La cubierta de la capilla de San Andrés mostraba serios problemas de conservación, tanto en la propia cubierta como en la linterna que la remata. Desde siempre, éste era uno de los puntos débiles de las cubiertas del templo ya que se producían importantes filtraciones por agua de lluvia. Se construyó una nueva cubierta de madera y teja para la capilla, que en la linterna se remató con planchas de zinc. Además, los muros exteriores de la linterna, de ladrillo, requirieron de una restauración en profundidad.

La torre primigenia debió alcanzar una altura importante, aunque no disponemos de documentos que

lo confirmen. La que hoy vemos muestra una clara disminución de su altura inicial, perceptible en el remate de ladrillo de época barroca. Esta coronación, que no se modificó en las obras, se ha limpiado, reparado y rejuntado con mortero de cal. Se vació el interior de la torre y se recuperaron los forjados de madera. Asimismo, se sustituyó la estructura de cubierta y se consolidaron y limpiaron sus cuatro fachadas.



Vista del trasdós de la bóveda y de los restos góticos de la primitiva nave central tras el desmontado de la cubierta.

El piso de campanas requirió una intervención especial. Además de sustituir el forjado de madera de ese piso, se limpiaron y repararon las siete campanas, que recuperaron sus yugos de madera —a mediados del siglo XX se habían sustituido por unos metálicos, que aumentaban la vibración reduciendo su vida útil y perjudicando su acústica—.

LA PORTADA ROMÁNICA NORTE

Construida, en el primer cuarto del siglo XIII, la portada románica de San Pedro comparte la solución de arco lobulado con las de San Román de Cirauqui y Santiago de Puente la Reina. Está orientada al norte y antes de su restauración sufría numerosos daños.

Su restauración consistió en la eliminación de antiguas reconstrucciones de mortero de cemento que dañaban la piedra, la reparación de deplacaciones, la eliminación de colonizaciones biológicas, de la costra negra y de las sales, y el rejuntado y consolidación de sus sillares. Para ello se llevaron a cabo tratamientos con pasta de celulosa para reducir las eflorescencias salinas, de limpieza con láser y tomo eléctrico de punta fina, y de consolidación del soporte pétreo, además de otras técnicas específicas de restauración.

Por último, se colocó un nuevo alero de madera para proteger la portada y resolver correctamente la evacuación de las aguas de lluvia. Este alero pretende, además, enmarcar visualmente la portada en el conjunto de la fachada norte del templo.



Limpieza de la costra con láser.

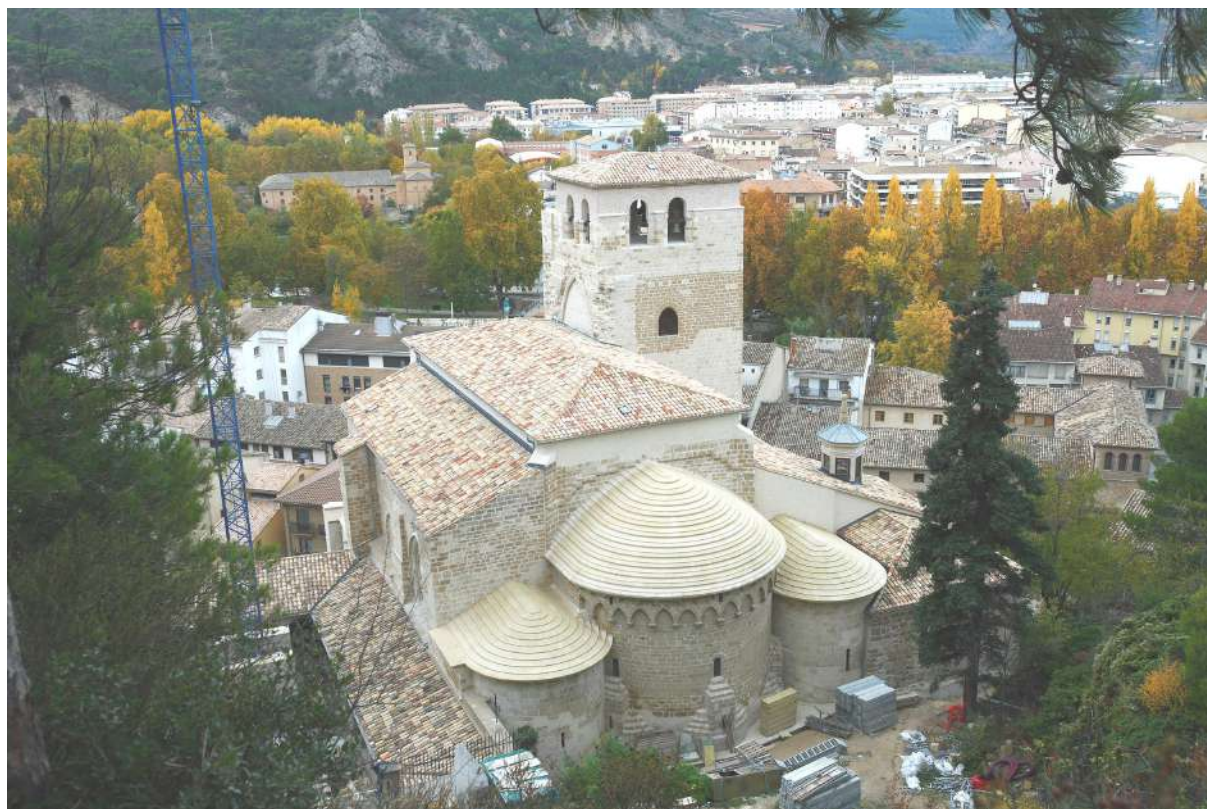
LA RESTAURACIÓN DEL INTERIOR: UN LABORIOSO TRABAJO MULTIDISCIPLINAR

En primer lugar, se abordó una excavación en área del interior del templo, que incluyó las tres naves y sus cabeceras y la sacristía. Quedó fuera de la excavación la capilla de San Andrés. Cabe resumir que los trabajos de excavación arqueológica confirmaron el uso sepulcral del templo con abundantes enterramientos datados del siglo XV al XVIII. Especial importancia tuvo el descubrimiento de la cripta funeraria de los Mariscales de Navarra, de la que existía constancia documental, situada en el anteábside de la capilla mayor, así como el conocimiento de la configuración primitiva en dos niveles que tuvo esta capilla, que se recuperó en las obras

realizadas, con un doble objetivo: mejorar las condiciones de uso para las celebraciones litúrgicas, y recuperar la configuración arquitectónica anterior de esta singular cabecera, que además propicia una mejor integración con la nave central.

Terminada la excavación, los restos arqueológicos hallados se protegieron y toda el área de excavación se cubrió con grava. La escalinata construida por el cantero estellés Cayetano Echauri en 1903, que salvaba el fuerte desnivel entre la nave central y el presbiterio, y que se desmontó para abordar la excavación arqueológica del ábside central, se depositó bajo la nueva solera del tercer tramo de la nave lateral norte (capilla de la Virgen del Rosario) y del sotacoro. Se tomó esta decisión con el objeto de garantizar que esas piezas quedaran en el interior del templo, vinculadas al propio edificio, de tal manera que, si fuere el caso, generaciones futuras puedan recuperarlas.

Una vez montados los andamios y las plataformas se realizó el estudio de los paramentos verticales y las bóvedas. El trabajo consistió en la eliminación manual de los revestimientos murales en determinadas zonas con la ejecución de amplias catas con el objeto de descubrir y documentar los estratos de los revestimientos y pinturas murales del interior que se conservaban. Ese trabajo sacó a la luz nueve capas pictóricas de diferentes épocas que iban desde la más antigua de principios del siglo XIII, en las cabeceras de las naves laterales, hasta la más reciente, que databa de 1963.



Vista exterior con las obras de las cubiertas y fachadas acabadas.



Excavación arqueológica del interior.

También se abordó el análisis del estado de conservación de los revestimientos de los muros y las bóvedas de naves y ábsides laterales, constituidos por varias capas de morteros y lucidos de yeso. En varias zonas, fundamentalmente en las bóvedas de la nave lateral sur y su ábside, así como en algunas de las plementerías de la nave lateral norte, el revestimiento de mortero de yeso se había desprendido del soporte pétreo, debido a antiguas filtraciones de agua desde las cubiertas, y acumulaba sales que afloraban en superficie con acusadas manchas blancas. En estas zonas dañadas de manera irreversible, una vez revisadas y delimitadas, se picó el mortero de yeso. Al contrario, la bóveda de la nave central, de ladrillo, mantenía su revestimiento de yeso en buen estado y no se picó.

Además, tanto muros como bóvedas acusaban patologías estructurales consecuencia de los desplomes y movimientos que había sufrido la fábrica constructiva desde sus inicios. Las grietas existentes, consecuencias de antiguos desplomes y asentamientos, se limpiaron con chorro de aire a presión y se colmataron con mortero de cal. A continuación, se revistieron con mortero de yeso las zonas en que éste faltaba o se había picado.

Tres zonas del interior del templo quedaron sin nuevo revestimiento de yeso: el ábside lateral norte, en el que se ha mantenido a la vista las pinturas de época barroca halladas, ya que constituyen un

programa gráfico unitario con motivos decorativos de veneras, floreros, follaje y cortinajes, realizadas en 1734; el ábside central, donde no quedaba resto alguno ya que a comienzos del siglo XX se picaron y eliminaron los revestimientos y pinturas, incluidos los de los absidiolos, para dejar vistos los sillares de piedra, que se limpiaron y rejuntaron con mortero de cal; y el arcosolio del primer tramo del muro de la nave lateral sur, donde se sacó a la luz la pintura medieval figurativa hallada, que representa la escena del descendimiento de Cristo. Tampoco se revistieron con mortero de yeso, porque no lo tenían, las claves de las bóvedas y los capiteles de los pilares.

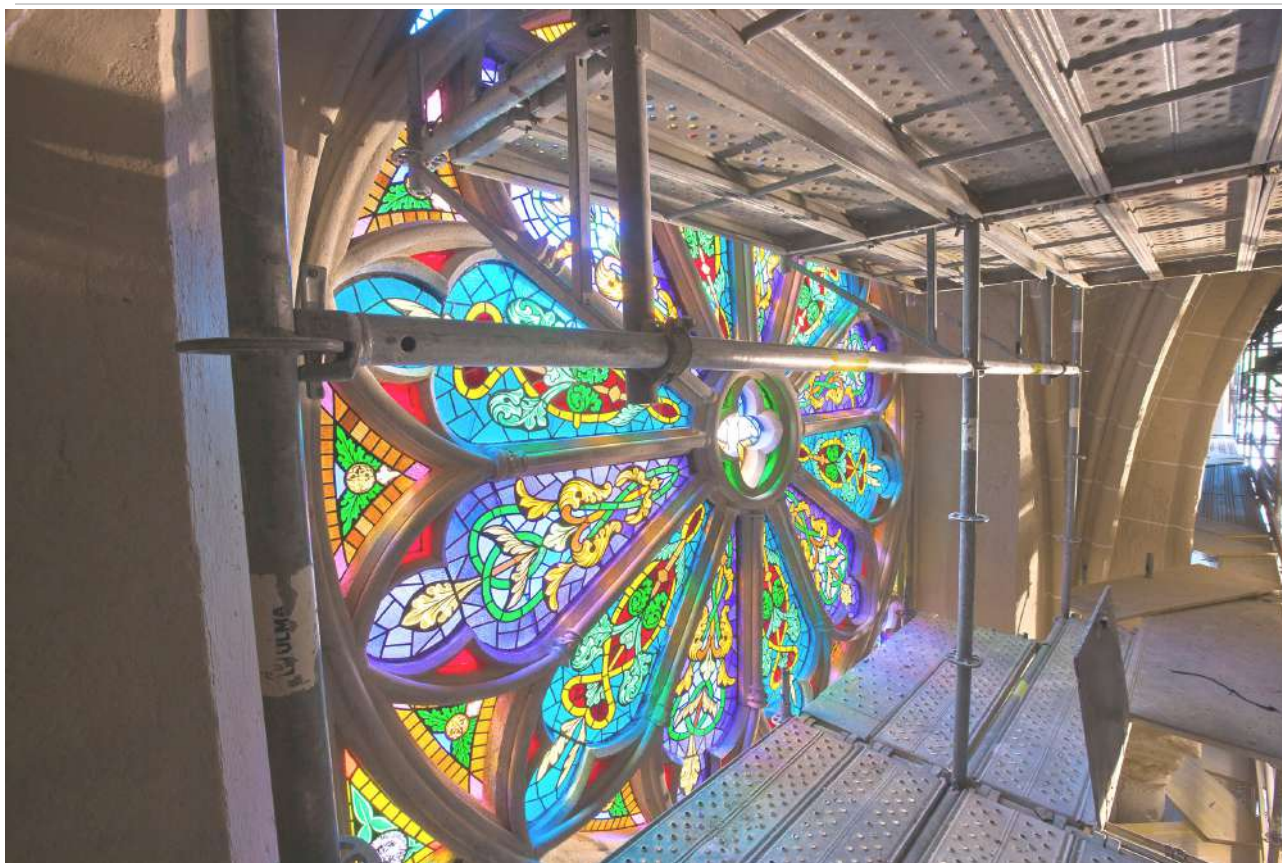
Durante el estudio de los paramentos quedó confirmado que la iglesia desde sus orígenes estuvo pintada. El revestimiento pictórico era un acabado inherente a la arquitectura, ya que no se concebía el espacio litúrgico desnudo de color. El color se empleaba como manera de potenciar la arquitectura y dotarla en ocasiones de un contenido simbólico y catequético para captar la atención de los fieles. Se constató que así había sido a lo largo de toda la historia del templo, aunque con un estilo y unos colores diferentes en cada época. Lo que se comprobó, como en tantas otras iglesias medievales, era que el despiece imitando los sillares en paramentos y bóvedas era un recurso decorativo empleado con continuidad, aunque con variantes de tamaño, línea y color, desde la época medieval hasta el siglo XX. Por lo tanto, la capa pictórica aplicada en las obras, una más en la larga vida constructiva del templo, se ajustó a este criterio y se despiezaron bóvedas, arcos, pilares, muros y ventanales, siguiendo un aparejo constructivo en piedra, no el propio de la fábrica sino uno nuevo modulado a todos y cada uno de esos elementos arquitectónicos. Se optó por aplicar un color de fondo en los paramentos y bóvedas de las naves que entonara con la cabecera y un despiece en color blanco. Se trata de una capa pictórica removible que mantiene independencia con las capas pictóricas históricas que se conservan debajo.



Salas y humedades en las bóvedas.



Pintado del despiece en bóvedas.



Vidriera de La Trinidad restaurada.

En la capilla de San Andrés, que había sido repintada en 1963, había gran cantidad de suciedad acumulada en superficie. En primer lugar, se realizaron catas, que descubrieron la capa de pintura barroca que aparecía bajo la existente. Se decidió, por tanto, retirar mediante decapado el esmalte aplicado en 1963, con el fin de recuperar la pintura de época barroca, que es la que se dejó a la vista tras las obras de restauración. También se han restaurado el retablo y la reja que cierra la capilla.

LA RESTAURACIÓN DE LAS VIDRIERAS

Las vidrieras son elementos arquitectónicos que forman parte del conjunto inmueble y que además de sus valores constructivos e históricos conllevan una carga iconográfica de gran valor simbólico. Las vidrieras que se conservan en San Pedro de la Rúa no son las originales; fueron realizadas a finales del siglo XIX y comienzos del XX, entre los años 1893 y 1906. Se trata de las nueve vidrieras del ábside mayor, la del rosetón del ventanal sur, las dos vidrieras de los ventanales de poniente de las naves laterales y la del sotacoro. En total trece vidrieras, que fueron realizadas con fragmentos de vidrio de color emplomado, pintadas con grisallas y amarillo de plata.

Salvo la vidriera de la Trinidad (rosetón del muro sur), que debido a su buen estado de conservación se limpió y consolidó en su lugar, las doce restantes fueron desmontadas y trasladadas al taller del vidriero. Presentaban diversas alteraciones tales como suciedad incrustada sobre la superficie, salpicadas,

vidrios fracturados por impactos, debilitamiento de la red de plomo, pérdida de material de unión (masilla entre los vidrios y el plomo) y deformaciones o pérdida de capas pictóricas (grisallas).

La restauración consistió en la limpieza de los vidrios, la reposición del emplomado dañado, la sustitución de los vidrios rotos con fragmentos originales o vidrios nuevos y la reintegración cromática del dibujo y de las grisallas perdidas con el objetivo de recuperar la correcta lectura del conjunto.

También se diseñaron y colocaron cinco vidrieras nuevas, allí donde faltaban, esto es, en el óculo sobre el coro, en los dos ventanales góticos de la fachada norte situados sobre la portada románica y el arco de ingreso a la capilla de San Andrés, y en las dos ventanas de la sacristía. A diferencia de las vidrieras restauradas, con simbología iconográfica, en el diseño y la realización de las que faltaban se optó por motivos geométricos.

PAVIMENTOS E INSTALACIONES

Terminados los trabajos previstos en bóvedas y paramentos se desmontaron los andamios. A continuación, se colocaron las gradas de los ábsides y escaleras de las puertas sur y norte, y el nuevo enlosado, que son de piedra arenisca abujardada. En la sacristía se repuso un pavimento de ladrillo a espiga. En la capilla de San Andrés se conservó el pavimento de tarima de madera con trabajos de taracea que data de finales del siglo XIX.


Arte

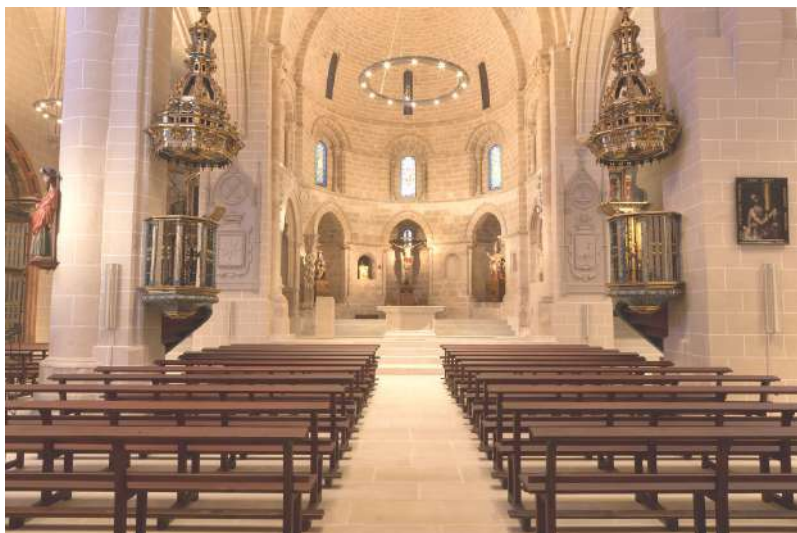
Como se ha dicho, tras las obras la capilla mayor se configuró en dos niveles. Una primera zona corresponde al anteábside, y acoge el altar y el ambón. Esta zona quedó elevada cuatro gradas respecto al suelo de la nave central y a la misma altura de la capilla norte y de la sacristía, lo que permitió la conexión a pie llano entre estas tres piezas que antes de las obras no ocurría. Se dispuso un acceso para descender a la cripta de los Mariscales, que queda bajo el altar. Y delante de él, protegida por un vidrio enrasado con el pavimento, se colocó la lauda sepulcral que sellaba el acceso a la cripta y que fue encontrada en la excavación arqueológica. El segundo nivel de la capilla mayor corresponde al ábside semicircular y en él se sitúa la sede presbiteral. También se realizaron nuevas instalaciones de electricidad, iluminación, megafonía, seguridad, telefonía, mecanización de campanas y de protección contra el rayo, y calefacción por suelo radiante.



Capilla de San Andrés una vez restaurada y recuperadas sus pinturas barrocas.

CONCLUSIÓN

La restauración arquitectónica de la iglesia de San Pedro de La Rúa de Estella realizada entre 2009 y 2012 resultó ser un gran reto personal y profesional llevado a término gracias a todos y cada uno de los que participaron en los trabajos realizados. Las obras, como toda actuación sobre un edificio monumental, trataron de mejorar su comprensión histórica, al profundizar en el conocimiento del templo y de su convulsa historia constructiva, recuperar su valor arquitectónico, en los aspectos formales y constructivos, y adecuarlo para su uso de templo católico. En definitiva, un laborioso trabajo multidisciplinar que dignificó un espacio sagrado de gran valor histórico, arquitectónico y significativo para Estella, y para Navarra, en general. 



Vista general de la restauración.

BIENES MUEBLES

Se restauraron en talleres especializados los bienes muebles de valor histórico y artístico, que fueron desmontados. Son 24 lienzos y tablas pictóricas, 9 tallas (San Andrés, San Pedro, la Virgen de la O y el Cristo gótico-ábside central-, Santo Domingo -ábside sur-, crucificado romanista e Inmaculada -sacristía-, y tallas de la Virgen y Santa Lucía- capilla de San Andrés-), y los 5 retablos (del Crucificado -ábside sur-, San Nicolás y San Francisco Javier -ábside norte-, Trinidad -nave lateral sur- y Virgen del Rosario- nave lateral norte-). Además, se restauraron in situ el retablo de la capilla de San Andrés, la sillería del coro, el órgano, el facistol, los púlpitos, la pila bautismal y las pilas de agua bendita.



Vista general de las naves.

El autor es arquitecto en la Institución Príncipe de Viana, Gobierno de Navarra.